

EL MOSQUETON



SEGUN dice el Misal, el hombre es un ente que nace, crece, se reproduce y muere. Probablemente esto sea verdad, pero hay que reconocer que antiguamente era más bonito. En épocas gloriosas e imperiales, un señor nacía con el fin exclusivo de poder hacer la «mili» y defender la Patria con un mosquetón contra los indios o los negros. Era precioso. Crecía bajo el silencio medieval de unas campanas lejanas, del yunque de maese el herrero, de las doradas alondras del huerto y del látigo paternal del amo, que daba cobijo y pan de centeno, el mismo que comen ahora en la dieta las marquesas para poder llevar bikini. Se reproducía sin placer, contra los herrajes del cinturón de castidad, bien a la luz de un vitral, bien en un pajar del lugarón. Luego al señor se le caían los dientes y moría. Si era pobre moría de cólera y le enterraban a paladas, según el modelo de Ingmar Bergman. Si era rico moría de un ataque de ira, después de comerse todo un cordero asado, y le enterraban con hachones, a base de Orson Welles. Darle a la ruca, al azadón, al mosquete, comer palo-

minos, pegarse latigazos para remediar la peste, rezar a San Roque el de las pústulas, montar a caballo y creer en Dios es lo que los tratadistas llaman clasicismo. Antiguamente, un señor nacía, crecía, se reproducía y se iba por la puerta falsa, y para cada uno de estos grandes actos había un sacramento con sales y óleos.

Pero los tiempos han cambiado. Lo de ahora ni es clásico ni es sacramental. Hay un bautismo laico: al señor recién nacido hoy, a los ocho días se le baja el pañal y, en ese glúteo sonrosado destinado luego para la trivalente, un representante del neocapitalismo le estampa un cuño que dice: ¡Somos automáticos! Y el pequeño ciudadano ya está preparado para la lucha. Su destino, aparte de poder llegar a hacer la «mili», será poder comprar neveras, lavadoras, transistores, cacharros de plástico, ser un honrado espectador del programa «España, siglo XX»; tomar a mansalva «cortaos» con porras aceitosas, ser maoísta a los dieciocho años y liberal a los treinta, liberal conservador a los cuarenta y reaccionario a los cincuenta; cambiar de nevera, lavadora y televisor, comprar una cerámica popular, guardar dieta, lavarse los dientes, lavar el coche, hablar del delco; sacar un premio en el cupón de los ciegos, ir un día a París por lo de la oficina y retratarse en la torre esa; ponerse gordo como una bota a los tres meses de casado, cambiar de lavadora, nevera y televisor, comprarse un «cassette» y estirar la pata. Definitivamente, el neocapitalismo lo único que conserva de clásico es el mosquetón.

MANUEL VICENT



¡ATENCIÓN SIEMPRE A LAS MODAS COYUNTURALES, REGALAMOS A NUESTROS LECTORES ES TE FASTUOSO COJIN PARA VENTANILLA POSTERIOR DE UTILITARIO, CON EL CUAL LOGRARA IR A LA ULTIMA, DE LO MAS "IN" Y GAUCHISTA, CORTANDO POR LA LINEA DE PUNTOS Y PEGAN-DOLO AL MENCIONADO CRISTAL, Y ADEMAS ANSI HACE PUBLICIDAD DE SU AMADA REVISTA. ANDE



EL HOMBRE QUE NO TENIA NINGUNA CONDECORACION



Lo llevaba cada día peor. Más de una vez había hecho un recorrido mental por sus amigos y compañeros de Ministerio, y el que más y el que menos tenía su placa o medalla. Eso le ponía al borde de la desesperación.

En las últimas Navidades hubo una rociada de condecoraciones que afectó a gran número de sus compañeros del Mi-

nisterio. El, una vez más, quedó excluido. Y en el acto de imposición pasó un verdadero mal rato. El hubiera querido ser uno de aquellos compañeros que en llegando ante el director general ahuecaba el pecho y ofrecía su solapa para recibir aquel apetitoso trocito de metal al tiempo que un abrazo con aleteo de palmadas en la espalda.

Cuando más echaba de menos la ansiada condecoración era en las procesiones, en los desfiles patrióticos, en las bodas y en las fiestas de Nochevieja. Allí donde echara su vista, veía en solapas, americanas, smoking, fracs o chaqués los adorables emblemas de las órdenes civiles que refulgían como el oro. ¡Lo que don Fulgencio hubiera dado por una cruz sencillísima! Llegó a convencerse de que era un hombre totalmente frustrado.

En una ocasión estuvo a punto de ganar una medalla. Ganársela a pulso y sin que interviniera ningún amigo influyente.

Fue en Alicante, en verano. Paseando por el puerto, acertó a caerse al agua un niño que jugaba cabe el maledón. Don Fulgencio vio el cielo abierto y en él, como un ascua de oro, la medalla de salvamento de naufragos. Don Fulgencio se lanzó al agua a recuperar al muchacho, pero una vez en ella dióse cuenta de que no sabía nadar. Por fortuna, el chaval nadaba perfectamente y le echó una mano.

Así las cosas, don Fulgencio, posiblemente aburrido, por envejecimiento de las células vitales o por lo que narices fuese, se murió.

Y aquí viene lo bueno, valga la expresión. Porque al tiempo que los empleados de la funeraria instalaban el servicio, un joven señor que les acompañaba y que dijo ser el director de «public relations» de la fúnebre empresa, tras preguntar por la viuda, se dirigió a ella en los siguientes términos:

—Señora, no hay palabras para expre-

sarle nuestro sentimiento. Pero sí queremos decirle escuetamente que en su inmensa pena tiene el consuelo de pensar que su esposo no es un número más entre nuestros forzosos clientes. Su esposo hace el número cincuenta mil de nuestros viajeros a la eternidad y queremos ofrecerle un testimonio de gratitud por habernos permitido llegar a esta cifra, coincidente con las bodas de plata que hoy cumple nuestra empresa... Permítanos hacernos cargo de todos los gastos del sepelio y al tiempo, con su permiso, colocar en el frío pecho de su difunto esposo esta medalla de oro y brillantes con banda, con lo que nuestra empresa quiere demostrar su gratitud por el servicio prestado...

La viuda rompió a gemir y apenas pudo pronunciar, entrecortadamente, otras palabras que «... Mira, Fulgencio... ¡a buenas horas!...».

JOLINES

